

FRANCISCO JOSÉ SOLER GIL

AL FIN Y AL CABO

REFLEXIONES
EN LA MUERTE
DE UN AMIGO



Al fin y al cabo

Francisco José Soler Gil

Al fin y al cabo

Reflexiones en la muerte de un amigo



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2021

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, n° 85

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN PDF: 978-84-1339-731-3

Depósito Legal: M-65-41-2021

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Introducción.....	11
Fe de incompetencia	13
Estructura de este ensayo.....	15
Elogio de la sobriedad	18
LO QUE SABEMOS SOBRE LA MUERTE	21
I. La muerte como hecho biológico.....	23
El enigmático carácter dual de la experiencia humana.....	25
Los organismos biológicos	30
La muerte de los organismos biológicos	34
Sobre el momento de la muerte del organismo humano.....	37
¿Es posible impedir indefinidamente la muerte de los organismos biológicos?	41
II. La muerte como hecho biográfico.....	47
La muerte como ruptura de los proyectos personales.....	48
La muerte como ruptura de las relaciones personales	55
Recapitulación: La experiencia biográfica de la muerte como cuestionamiento radical del hombre.....	59

REACCIONES ANTE LA MUERTE.....	61
III. La reacción social ante la muerte: rituales y relatos.	63
Los rituales funerarios.....	66
La muerte como separación del cuerpo y el alma	72
La muerte como punto de transición entre vidas corporales...	81
La muerte como extinción completa y definitiva del hombre.	90
Recapitulación.....	98
IV. La reacción individual: Actitudes ante la muerte ..	101
Posibles actitudes ante la muerte.....	104
<i>Despreocuparse de la muerte</i>	105
<i>Vivir al máximo</i>	107
<i>Retrasar la muerte</i>	108
<i>Vivir peligrosamente</i>	111
<i>Asumir la muerte y culminar con ella</i>	112
<i>Resistir a la muerte</i>	115
<i>Prepararse para la muerte</i>	117
¿Cómo valorar las actitudes ante la muerte?	119
V. La reacción ante los relatos sobre la muerte	125
Contra la elocuencia del miedo y el deseo	127
¿Argumentos débiles para conclusiones fuertes?	131
<i>Bertrand Russell</i>	132
<i>Fernando Savater</i>	136
<i>Sigmund Freud</i>	140
Sobre la variedad de miedos asociados con la muerte	142
Contra la filosofía de la sospecha.....	148
 CONJETURAS ACERCA DEL SIGNIFICADO DE LA MUERTE.....	 155
VI. ¿Mente o materia?	157

Aspectos de la relación entre mente y materia en el hombre...	162
<i>Las correlaciones entre estados materiales y mentales</i>	163
<i>Experiencias conscientes en situaciones cercanas a la muerte</i>	166
<i>Unidad y continuidad de la conciencia</i>	168
<i>El carácter intermitente de la conciencia</i>	170
<i>La libertad de decisión</i>	173
<i>La irreductibilidad de la perspectiva mental a la imagen científica del mundo</i>	176
<i>Balance: una relación ambigua</i>	179
La mente como realidad primera:	
Indicios de la existencia de Dios a partir de la física.....	180
<i>La existencia de un orden natural objetivo</i>	184
<i>El ajuste fino de las leyes de la naturaleza</i>	189
<i>El alcance de la mente humana en la exploración del orden natural</i>	193
<i>El cosmos como objeto físico contingente</i>	196
<i>Las instancias irreductibles</i>	199
Balance: El peso ontológico de la mente.....	200
VII. Mi actitud ante la muerte.....	203
Sintiéndome en casa en el cristianismo.....	205
Mi versión particular del miedo a la muerte.....	210
Retazos de una actitud.....	213
<i>Despreocupación por el sentido</i>	213
<i>Despreocupación por la intensidad y la duración de la vida</i>	215
<i>Dejarse sorprender</i>	216
<i>Rezarse por los muertos</i>	219
Referencias.....	223

*A la memoria de Javier Hernández-Pacheco
Sanz, mi amigo y mi hermano mayor, muerto
demasiado pronto. Para él esta disertación
fúnebre, escrita a nuestro modo filosófico.*

INTRODUCCIÓN

«Luego, en realidad, oh Simmias —replicó Sócrates—, los que filosofan en el recto sentido de la palabra se ejercitan en morir»

Platón, *Fedón* 68b

Uno siempre va dejando el tema de la muerte para más adelante. En primer lugar por miedo. En segundo, por temor a que arroje una luz melancólica sobre todos los demás asuntos de la vida. Y luego también por la complicación del campo: porque hay muchas murmuraciones y muchos enredos en torno al mismo. Parece que sobre la muerte, más allá de señalar unas cuantas obviedades, solo queda la posibilidad de especular con escaso o nulo fundamento.

¿Cabe concebir un punto de partida más desalentador?

Da la impresión de que a las indagaciones filosóficas sobre este aspecto de la realidad se les aplicara el sabio dictamen del asno en el cuento de los *músicos de Bremen*: «Algo mejor que la muerte lo encuentra uno en cualquier parte». Y en consecuencia, lo más frecuente es aplazar para luego la reflexión. Para cuando se haya vivido lo suficiente. Para la madurez. Para nunca.

No resulta difícil hacerlo. A fin de cuentas, la vida plantea sobradas preguntas a las que dedicarse. Y también sobradas urgencias que atender. Y el profesor de filosofía, como cualquier otro, tiene que preparar clases, corregir exámenes, dirigir tesis doctorales, y trabajos de fin de grado, y de fin de máster, y redactar informes de revisión, y participar en comisiones académicas... En fin, todo eso.

Además, cabe parapetarse tras las advertencias de algunos pensadores célebres. Y recordar la respuesta de Confucio al

discípulo que le preguntaba sobre la muerte: «Si no comprendes ni siquiera la vida. ¿Cómo vas a comprender la muerte?». O la archifamosa sentencia de Spinoza: «Un hombre libre en nada piensa menos que en la muerte, y su sabiduría no es una meditación de la muerte, sino de la vida», etc.

Sin embargo, la aspiración de la filosofía es entender la realidad en todos sus aspectos, así como alcanzar una visión articulada de los mismos. Se trata de integrar observaciones y reflexiones en una imagen global máximamente razonable del mundo, y del hombre, y de nuestro lugar en el conjunto de lo real. ¿Y cómo podría lograrse este fin eludiendo la cuestión del significado de la muerte?

No sé hasta qué punto pueda ser una buena idea vivir en general de espaldas a la muerte. Pero ¿no es obvio que para un filósofo la renuncia a reflexionar sobre este tema equivale a frustrar su vocación?

Difícil o no, para los que nos dedicamos a la filosofía el asunto es insoslayable, por muy brumoso, incierto o ingrato que pueda resultar. De forma que, al menos una vez en la vida, los que nos aplicamos a este oficio deberíamos hacer un alto en nuestras ocupaciones habituales, y reservar un tiempo para pensar en torno a la muerte: a su realidad, a su significado, y a la actitud que hemos de adoptar ante ella. Y deberíamos, además, expresar estos pensamientos por escrito. Pues hacerlo así nos obliga a concretar, a precisar lo dicho, y a comprometernos en serio con lo expuesto.

Y este deber es el impulsor de las páginas que siguen.

Pues ocurre que yo también he dedicado mi tiempo a otros asuntos. A la naturaleza sobre todo, y en particular a las exploraciones fronterizas entre la física y la filosofía. No por escapismo, sino por pasión auténtica. Por la curiosidad que despierta el mundo que nos rodea, con su orden fascinante, complejo y fecundo. Décadas de estudio, artículos y libros —mejor o peor logrados— avalan ese esfuerzo por comprender aspectos del orden natural, que espero seguir realizando en el futuro.

Pero, no obstante, podría ser otoño ya. Otoño en el norte de Alemania. Y andar las hojas de los tilos diluyéndose como lluvia, y

extendiéndose el ocre en los parques, y cayendo las tardes cada vez más deprisa. Podría ser una tarde como esta. Y tener uno más de cincuenta años, e ir ya recorriendo el último tercio. Quizás con sorpresa, y sin entender bien cómo han llegado las cosas hasta este punto.

Podría ser una tarde como esta. Una tarde de duelo, y aún bajo el impacto de la muerte reciente del amigo. Del hermano.

Podría ser, en definitiva, el momento de hacer ese alto, y de plantearse las preguntas que se han venido aplazando tanto tiempo. De plantearse las completamente en serio:

¿Qué sé yo de la muerte? ¿Qué sé decir de ella con seguridad? ¿Qué conjeturas razonables caben sobre ella, más allá de los pocos hechos obvios que constituyen su manifestación? ¿Cómo orientarse entre tales conjeturas? ¿Qué actitud convendría adoptar ante la muerte?

Lo que me propongo en este breve ensayo es ofrecer una respuesta a esas preguntas.

Fe de incompetencia

Por mera honradez, conviene empezar dejando claro a quien pueda interesar que yo no soy un especialista en el pensamiento sobre la muerte. Y recordándole que no tiene que desplazarse muy lejos ni en el tiempo ni en el espacio para encontrar autores que verdaderamente han tratado el tema con solvencia. En nuestro entorno más próximo contamos, sin ir más lejos, con las aportaciones de Unamuno, de José Ferrater Mora, de Fernando Savater, de José María Cabodevilla, de Olegario González de Cardedal y de Jacinto Choza. Contamos con los bellos pasajes sobre la muerte en las obras de Javier Hernández-Pacheco y con el extraordinario análisis de Jorge Vicente Arregui.

El lector interesado en una reflexión sobre la muerte haría bien en acudir a esas fuentes primarias, y no a este librito. Doy fe de mi incompetencia en el tema que me dispongo a abordar. Y, por tanto, de que no tengo otra cosa que ofrecer a quien prosiga la lectura más allá de estas líneas que el acceso a una indagación personal, privada, de un asunto que nos concierne a todos.

¿Por qué publico entonces este libro? En primer lugar porque se lo debo a mi amigo Javier Hernández-Pacheco: porque esta es mi disertación fúnebre en su honor, sea yo más o menos competente en la materia. Una disertación en forma de ensayo filosófico, como corresponde a nuestro oficio.

En segundo lugar por lo que he apuntado más arriba: porque proceder así me obliga a concretar más las ideas, a precisar lo dicho, y a un compromiso en serio con lo expuesto. Se aprende escribiendo. Y por ello, una vez decidido a hacer un paréntesis en mis ocupaciones para plantearme las preguntas en torno a la muerte, tengo que hacerlo de tal modo que saque el máximo provecho de la indagación. Y eso incluye la escritura.

Y en tercer lugar también lo hago porque creo que hay cuestiones que no conviene dejar exclusivamente en las manos de los especialistas —aunque, por supuesto, siempre es bueno que los haya—. Y esta es una de ellas. También lo son, por ejemplo, las cuestiones relativas al gobierno de nuestras sociedades. No se puede negar que hay grandes especialistas en el pensamiento político. Pero a la hora de la verdad, todos los votos valen igual. Y probablemente cualquier otra solución sería peor. La marcha de la sociedad afecta a cada uno de sus miembros, y por ello es sensato otorgar a cada uno de sus miembros la posibilidad de decir algo al respecto, y de influir, por poco que sea, en el curso de los acontecimientos.

También la muerte nos afecta por igual —y no poco— a cada uno de nosotros. En filosofía se aprende esto ya desde hace muchos siglos en el primer curso de lógica: «Todos los hombres son mortales. X es hombre. Luego X es mortal». Por este motivo, no está de más que cada mortal se exprese públicamente sobre su condición. En el mejor de los casos, tal vez su discurso aporte algo de luz sobre un asunto tan enigmático. Y aunque no sea así, no es fácil que aumente aún más la oscuridad del mismo.

¿Aporta algo de luz mi ensayo? No lo sé. Eso debe juzgarlo el lector. Advertido queda, ya desde esta misma página, de que no cabe esperar gran cosa del mismo. Pero quién sabe...

Estructura de este ensayo

En cualquier caso, se impone proceder ordenadamente en el desarrollo del asunto. (Esto, que es un principio básico de toda investigación, lo es más aún si tenemos que movernos en un terreno tan incierto, emotivo y brumoso como es el que nos va a ocupar en este libro). Y para ello conviene trazar desde el primer momento una estructura clara.

Al enfocar la muerte como objeto de estudio, puede resultar útil distinguir entre tres aspectos diferentes de esta temática: (I) lo que sabemos con seguridad sobre el hecho de la muerte; (II) las reacciones sociales e individuales ante este hecho; y (III) el análisis filosófico de las ideas acerca del significado de la muerte que se han venido proponiendo.

Cada uno de los aspectos anteriores requiere luego una subdivisión en facetas más específicas. Pero hay que hacerlo atendiendo a no introducir un exceso de distinciones que emborrone la línea discursiva.

Teniendo en cuenta todo esto, propongo al lector que me acompañe en el desarrollo de una exploración cuyo plan completo vendría a quedar así:

(I) Lo que sabemos sobre la muerte

La muerte como hecho biológico: capítulo destinado a sintetizar la primera y más clara manifestación de la muerte: la cesación de las actividades biológicas propias de los organismos vivos, más la subsiguiente pérdida de unidad del organismo y su descomposición material. Y a plantear algunas cuestiones en torno a estos hechos.

La muerte como hecho biográfico: capítulo destinado a caracterizar los aspectos de la muerte relacionados con la vida humana en su dimensión mental y que pueden afirmarse más allá de toda controversia. Lo que incluirá el aspecto de la interrupción y anulación de los planes personales, y el de la ruptura de las relaciones

personales entre el difunto y los vivos. Y a subrayar el carácter problemático de la muerte que se deriva de tales rasgos.

(II) *Reacciones ante la muerte*

La reacción social: donde se consignarán dos constantes culturales relacionadas entre sí: la ejecución de ritos funerarios y el desarrollo de relatos sobre el significado de la muerte. Estos relatos dibujan ante todo tres vías, o tres comprensiones distintas de la realidad de la muerte: (a) la que postula algún tipo de supervivencia espiritual tras la muerte; (b) la que supone algún tipo de reencarnación o renacimiento; (c) la que entiende la muerte como extinción completa y definitiva. Si bien veremos que las tres alternativas no son excluyentes entre sí, sino que en la historia de las religiones y del pensamiento en torno a la muerte han solido combinarse de diversos modos. En todo caso dichos relatos constituyen las conjeturas sobre la muerte recibidas socialmente, cuyo contenido podrá luego ser objeto de un análisis filosófico.

La reacción individual: donde se tratará de las posibles actitudes personales ante la muerte. Este es un asunto de importancia capital —entre otras cosas porque, a fin de cuentas, la pretensión última del libro es iluminar mi propia actitud ante la muerte—. Pero la postura que cada uno adopte aquí va a depender en gran medida de la realidad que atribuya a la muerte. De manera que, inevitablemente, la reflexión sobre la actitud personal ante la muerte nos incitará a ir más allá de lo que conocemos a ciencia cierta, para adentrarnos en un análisis de las conjeturas recibidas acerca de lo que pueda ser la muerte y mencionadas en el capítulo anterior. Ahora bien, antes de dar ese paso convendrá que nos detengamos a considerar un punto adicional, que es el siguiente:

La reacción ante los relatos sobre la muerte: donde se rechazará el uso de argumentos destinados a desacreditar tales o cuales ideas sobre el significado de la muerte aludiendo a los sentimientos de los que las proponen. Pues no cabe duda de que la cuestión de la muerte suscita importantes reacciones emocionales, y ello

hace que el tema se preste con facilidad a ser enfocado desde la óptica de la llamada «filosofía de la sospecha». La filosofía de la sospecha descarta determinados planteamientos, no sobre la base de un análisis crítico de las razones en las que se apoyan, sino por medio de la denuncia de los intereses ocultos que operarían detrás de los mismos. Por eso será necesario mostrar la inutilidad de este enfoque ante los relatos relativos a la muerte. Solo así contaremos con un suelo firme para pasar a la tercera parte de la indagación.

(III) Conjeturas acerca del significado de la muerte

En esta tercera parte —que constituye la parte nuclear del libro, y también la más controvertible— intentaré un análisis (dudoso y provisional) de la principal disyuntiva que aparece entre las diferentes comprensiones de la muerte expuestas en el capítulo III: la disyuntiva entre el supuesto de que la muerte es la aniquilación completa y definitiva del hombre, y la hipótesis de que puede haber algún tipo de pervivencia *post mortem*. La empresa es arriesgada en extremo, pero inevitable si se busca un punto de apoyo filosófico para decidir una actitud personal ante la muerte. (Y tal búsqueda constituye el eje de todo el ensayo, o al menos mi interés principal al emprender este trabajo).

Esta parte incluirá dos capítulos:

¿*Mente o materia?*: donde argumentaré que la clave para evaluar la verosimilitud de las alternativas mencionadas se encuentra en el análisis de la cuestión relativa a la primacía ontológica de la mente o de la materia. Contrastaré luego tentativamente los argumentos principales en favor de las dos opciones. Y aplicaré los resultados de estas reflexiones a la consideración de las conjeturas sobre el significado de la muerte.

Mi actitud ante la muerte: donde concluiré con unas reflexiones de carácter personal, basadas en lo expuesto en los capítulos anteriores.

Por supuesto, la limitación de este esquema me obligará a dejar fuera del texto numerosas facetas del campo temático

relacionado con la muerte. Sin embargo, espero a cambio que la estructura sea tan sencilla, y el desarrollo del discurso tan lineal, que no haya forma de perderse.

Elogio de la sobriedad

Antes de comenzar la andadura de este ensayo, importa llamar la atención sobre el que quizás constituya el obstáculo más peligroso al que vamos a tener que enfrentarnos tanto el lector como yo mismo: el de la carga emocional asociada con el tema de la muerte.

Ya en las páginas anteriores he aludido a este peligro en dos ocasiones: al comienzo mismo de la introducción, al hacer referencia al miedo y la melancolía que suele provocar la mera invocación de la muerte; y en el apartado anterior, al mencionar lo expuestas que se encuentran las indagaciones sobre la muerte a los ataques de los filósofos de la sospecha. Autores que aprovechan la intensidad de las emociones que suscita este asunto para desacreditar las posiciones de sus adversarios.

En efecto, pocos temas hay tan propicios al desbordamiento emocional como el de la muerte, incluso cuando se pretende reflexionar sobre ella sin ocasión de su impacto cercano. Y pocos factores hay que puedan dar más fácilmente al traste con un análisis filosófico como el exceso de sentimentalismo. Los sentimientos, cuando se adueñan de la conciencia, la llevan a un estado muy similar al de la ebriedad. Y la ebriedad suelta la lengua, la pluma o el teclado... pero con resultados generalmente lamentables.

Por ello, en las páginas de este libro voy a poner especial cuidado en no dejar más espacio que el estrictamente necesario a la mención de las emociones asociadas con los distintos aspectos del asunto a tratar¹.

¹ Aunque en algunos pasajes del libro será inevitable hacer referencia a los aspectos emocionales asociados con la muerte, so pena de falsificar el tratamiento del tema. Por lo demás, no ignoro que las emociones humanas poseen también un valor cognitivo, tema que ha sido desarrollado, por ejemplo, en el excelente estudio de Francisco Rodríguez Valls, *El sujeto emocional*, Thémata, Sevilla 2015. Pero la dificultad de manejarse bien con ellas es tal, que entiendo que, a pesar de todo, cualquier precaución es poca. Y más en un tema como este.

Lo cual implica, entre otras cosas, prescindir casi por completo de las referencias literarias.

Entiendo que esta renuncia le va a quitar colorido al texto. Y que va además contra la costumbre en los ensayos sobre la muerte, que suelen estar salpicados de citas de Tolstoi, de Rilke, de Hölderlin, de Quevedo, de la poesía mística española, etc.

Para que la renuncia no sea completa, valga aquí el testimonio de uno de los grandes clásicos de nuestra literatura, el poeta Jorge Manrique, que en las *Coplas por la muerte de mi padre* nos advierte:

Dejo las invocaciones
de los famosos poetas
y oradores;
non curo de sus ficciones,
que traen yerbas secretas
sus sabores.

Sabio aviso. Y ejemplo al que pienso atenerme (casi) a rajatabla en lo que sigue.

En general, y por mor de la sobriedad, procuraré no sobrecargar de citas el texto. A fin de cuentas, esta es una reflexión personal, y no un texto académico que tenga que someterse a las convenciones de los procedimientos de revisión usuales, que penalizan la falta de referencias, y favorecen los artículos sembrados de notas a pie de página, con constantes alusiones a autores anglosajones, y a publicaciones de menos de cinco años. La madurez, que tantas desventajas trae consigo, nos permite al menos tomarnos este tipo de libertades. Y puede que el lector termine agradeciéndolo.

Advertido lo cual, solo me resta invitar a ese hipotético lector a que me acompañe en las reflexiones que van a seguir, si es que ha llegado hasta aquí, y no ha bastado el aviso de mi incompetencia para disuadirlo de seguir adelante. Se lo agradezco, y reconozco que me hará bien su compañía en esta singladura.

Y tú, hermano Javier, ¿no querrías también venir con nosotros...?
Comencemos, pues.

Lübeck, noviembre de 2020

LO QUE SABEMOS
SOBRE LA MUERTE

